

Llamados para servir II (11/13)

Dr. Justo L. González



El Discípulo

Juan 15:1-17

16 de mayo

Llamados para servir II (11 de 13)

Texto bíblico: Juan 15:1-17

Introducción:

El Nuevo Testamento utiliza varias imágenes de carácter orgánico para ilustrar la relación entre Jesús y sus seguidores: la cabeza y el cuerpo, el esposo y la esposa, y en este caso la vid y los pámpanos. Todas estas metáforas indican una unión íntima. En este caso, como en los demás, se subraya una vez más esa relación estrecha entre los creyentes y Jesús. Pero en este caso se añade la frecuente poda de la vid, y por lo tanto la imagen de la vid y los pámpanos habla no sólo de intimidad, sino también de juicio. El pasaje se refiere a tres elementos: la vid, que es Jesús; los pámpanos, que somos nosotros; y el labrador, que es el Padre. Todos estos forman parte del cuadro total. Y, aunque frecuentemente pensamos que la intimidad con Dios y el juicio divino no marchan juntos, aquí se relacionan estrechamente entre sí.

En este capítulo también aparecen otros temas que hemos visto en el resto del Evangelio de Juan: el énfasis sobre el amor que hemos de tener entre nosotros, y la misión que nos ha sido dada en el mundo. Además, lo que se ha dicho antes acerca de servir al Señor se extiende y transforma ahora, puesto que la relación de maestro a discípulo se torna en una relación de amigo a amigo, con todo lo que ello implica tanto para el maestro como el discípulo. Todo esto se ve en esta rica metáfora de la vid y los pámpanos.

Propósito de la lección:

El propósito de la lección es mostrar que la relación entre los creyentes y Jesús involucra tanto intimidad como juicio y misión. Todo esto ocurre dentro de un contexto de amor, y no de obligación. La meta de la vida cristiana es volvernos vehículos del amor de Dios hacia el mundo.

Bosquejo de la lección:

1. Hay una diferencia entre decir que somos discípulos de Jesús y verdaderamente vivir como tales.
2. ¿Puede el amor ser el objeto de un mandamiento?
3. ¿Escogemos o somos escogidos?

Análisis de la Escritura:

vv. 1-2: Quienes primero escucharon esta enseñanza de Jesús entenderían bien claramente su sentido. Había vides por todas partes. En el otoño, tras la vendimia, las vides se podaban drásticamente, hasta el punto que sólo quedaba el tronco y quizás unas pocas ramas principales. Todo lo demás se cortaba y se utilizaba como leña para cocinar. Una vid que se dejaba sin podar mermaba en su producción, mientras que las que se podaban crecían rápidamente en la primavera y producían gran cantidad de uvas. Lo que importaba era el tronco y las raíces. Jesús dice que él es la vid verdadera. Las ramas o pámpanos que han producido el fruto debido son limpiadas. Esto quiere decir que se les corta aquellas ramas secundarias que no contribuyen a su crecimiento, para que el próximo año puedan producir todavía más fruto.

Quizá nos parezca injusto que estos pámpanos que han sido tan productivos sean podados. Si han resultado tan buenos, ¿por qué no dejarlos sin podar?

Lo que se ve aquí es que hasta lo que es bueno tiene que ser juzgado, para que sea mejor. Con demasiada frecuencia pensamos del juicio como algo que se ocupa solamente de lo malo, y que por tanto hemos de evitar. Pero aquí son los pámpanos buenos los que son juzgados y limpiados para que sean todavía mejores. El juicio es parte de la vida cristiana, no sólo en el sentido de que al final todos seremos juzgados, sino también en el sentido de que durante esta peregrinación terrenal de fe, los cristianos son juzgados para que puedan producir más fruto.

vv. 3-6: Jesús se dirige a sus discípulos. Puesto que están unidos a la vid, en ese sentido están limpios. Son ramas o pámpanos de la vid verdadera. Lo que les ha limpiado es la palabra de Jesús. El término griego que se usa aquí para limpiar también quiere decir podar. Ya eso se ha hecho. Lo que es importante ahora es que los pámpanos permanezcan conectados con la vid. Los pámpanos que se separan de la vid no tienen raíces y por lo tanto mueren. Los pámpanos moribundos no producen frutos. En cierto sentido, lo que prueba que un pámpano está verdaderamente conectado con la vid es que produce fruto. Aparte de la vid, no podrá producir. Pero aun aquellas ramas que parecen estar conectadas con la vid, si no producen fruto, serán cortadas y echadas afuera. Esas ramas podadas se juntan y se queman como leña. La falta de fruto lleva indefectiblemente al juicio.

vv. 7-8: La misma palabra de Jesús que limpió a los discípulos ha de permanecer en ellos. Esto quiere decir que han de permanecer fieles a la palabra. Si así lo hacen, están listos para producir fruto. El fruto no es de ellos mismos, sino que pueden producirlo porque están unidos a la vid. Por tanto, si son fieles, pueden pedirle a Dios todo aquello que es necesario para llevar fruto. Nótese que se trata de una promesa condicional. No se nos dice que todo lo que tenemos que hacer es pedirle a Dios que nos dé algo y nos será concedido. La promesa es solamente para quienes permanecen unidos a la vid, aquellas personas en cuya vida la palabra de Jesús gobierna. En tal caso, puesto que lo que piden lo piden para producir fruto, les será concedido. El propósito de todo es llevar fruto. En tales vidas, Dios el Padre es glorificado. Son estos frutos los que muestran que verdaderamente permanecemos en la vid, que la palabra de Jesús mora en nosotros, que somos verdaderamente sus discípulos.

vv. 9-11: La esencia de esa palabra de Jesús que ha de permanecer en nosotros es el amor. El fruto que los discípulos han de llevar es fruto del amor. El amor mutuo es señal de una comunidad fiel. El Padre ama al Hijo, y por lo tanto el Hijo obedece al mandamiento del Padre amando a aquellos que el Padre ha escogido. El Hijo nos ha amado y nos manda que nos amemos mutuamente. La meta de todo este amor es el gozo. No es cuestión de obligación, sino de un profundo gozo en el amor.

vv. 12-15: El mandamiento de amor es directo. Hemos de amarnos mutuamente como Jesús nos ha amado. Él nos ha dado muestra de lo que es el verdadero amor en su disposición a morir

por nosotros. En esto también nos ha dado muestra de lo que es verdaderamente ser discípulos suyos: somos sus amigos y amigas. No estamos sencillamente obedeciendo órdenes de nuestro jefe. Más bien, en base al amor, estamos involucrados con él en una empresa común. Nuestro amigo nos ha mostrado cuáles son las metas hacia las cuales Dios se encamina. Jesús nos ha dicho todo esto y nos invita a una tarea común. Lo que ha hecho todo esto posible, y nos permite unirnos a él en esta bella tarea, es su vida y su muerte, manifestación de su amor. El origen de todo, la meta de todo, y el medio para alcanzarlo es el amor.

vv. 16-17: No se trata de que hallamos decidido seguir a Jesús por nuestra cuenta, sino más bien de que él nos ha escogido para ser sus seguidores. Nuestra tarea es amar a otras personas, llevar fruto, y así ser testigos de la voluntad de Dios. No hemos sido elegidos para nuestro propio bien, sino para el bien de aquellas personas a quienes somos enviados. Cuando nos ocupamos en esta tarea, Dios nos dará todo lo que sea necesario para cumplirla. Pero lo importante es que recordemos que nuestro llamado es a continuar el ministerio de Jesús, que es ministerio de amor.

Aplicación:

Aunque se dice que “del dicho hay un gran trecho” en Dios la palabra y la acción son lo mismo. Lo que Dios dice es lo que Dios hace. En el Génesis se nos dice que Dios habló y la creación saltó a la existencia. Pero en nuestro caso nuestra situación es diferente. Podemos decir una cosa y hacer otra. Podemos confesar a Jesús y sin embargo llevar vidas que no dan testimonio de él. En

nuestro caso sí es cierto que “del dicho hay un gran trecho”. Es por esto que es importante detenernos a pensar sobre el tema del fruto que llevamos en nuestras vidas, sobre lo que hacemos y cómo actuamos. No basta con confesar a Jesús, con decir que somos sus discípulos. Es necesario llevar fruto. En toda esta lección, el énfasis recae sobre el amor: el amor del Padre hacia el Hijo, el del Hijo hacia nosotros, y nuestro llamado al amor mutuo. El fruto que se busca es el amor. El llevar mucho fruto no se refiere aquí tanto a aumentar nuestra membresía, construir iglesias más grandes, o aumentar el presupuesto de la iglesia. Todo esto puede muy bien ser el resultado de nuestra obediencia. Pero también puede no serlo. Lo que se requiere es el amor. Nuestro testimonio de amor en medio del mundo puede hacer que todas esas otras cosas sucedan. Pero esas mismas cosas también pueden lograrse por otros medios que no son el amor. Es posible que creamos toda la doctrina correcta, que nos opongamos vehementemente a la más mínima desviación de la verdad del evangelio, que defendamos la verdad con toda nuestra energía, y que sin embargo nada de esto surja del amor y por lo tanto no sea verdaderamente el fruto que se espera de nosotros. Como congregaciones y como individuos el fruto que hemos de llevar es el amor.

Cuando nos dedicamos al servicio de amor hacia otras personas, Dios nos da lo que pedimos. El problema radica en que no siempre estamos seguros de que verdaderamente lo hacemos por amor. Somos humanos pecadores y se nos hace muy fácil engañarnos pensando que estamos amando a otras personas cuando en realidad lo que queremos es hacer que hagan lo que nosotros deseamos. ¿Cómo podemos saber que somos personas amorosas? Sólo

permaneciendo cerca de Jesús, en cuyo caso el resultado es el gozo: el gozo de amar, y no necesariamente el gozo porque otras personas hacen lo que deseamos. Si no somos verdaderamente amorosos, pero sí tenemos el sincero deseo de serlo, el permanecer en Jesús hará que su palabra nos limpie para que nuestro amor sea más puro.

Hay una relación estrecha entre el mandamiento de amar y la promesa de que todo lo que pidamos será dado. Esto se puede ver en el caso de aquellas personas a quienes se nos hace imposible amar, quienes nos han herido, nuestros enemigos en caso de guerra, aquellas personas cuyas acciones han arruinado algunas de nuestras mejores esperanzas para nosotros, nuestra familia y amigos. ¿Qué hemos de hacer en tal caso? Hemos de orar pidiendo que se nos dé el poder de amar, de amar incluso a nuestros enemigos, lo cual requiere que les perdonemos. Quizá pensemos que no podemos perdonarles; pero sí podemos orar que se nos de ese poder. Tal oración requiere que nos mostremos dispuestos a ser podados, limpiados, cambiados, para que se nos corte el enojo, el resentimiento o lo que sea que no nos permite amar. El amor es un mandamiento precisamente porque no es algo que podamos hacer por nuestros propios medios. Es por eso que viene unido a una promesa: que aunque el amor esté fuera de nuestro alcance, Dios nos dará lo que fuere necesario para que podamos amar. Cuando hacemos tal oración, también le estamos pidiendo al Labrador de la viña que nos pade. Esa oración muestra que estamos dispuestos a cambiar. Muestra una apertura al juicio que trae tanto sanidad como crecimiento.

La iglesia ha debatido casi interminablemente si somos nosotros quienes decidimos ser cristianos o es Dios quien nos escoge para que seamos parte de la iglesia. Precisamente porque el debate ha continuado por tan largo tiempo, lo más probable es que ambas partes tengan razón, y que en realidad hayamos planteado la pregunta mal. En este pasaje se nos dice que no fuimos nosotros quienes escogimos a Jesús, sino más bien él quien nos escogió (v.16). Al mismo tiempo, el pasaje todo nos invita a permanecer en Jesús, a ser sus discípulos tanto de hecho como de palabra. Si no hubiésemos escuchado acerca de Jesús de algún modo persuasivo, no habiéramos tenido la oportunidad de ser sus discípulos. Al menos hasta ese punto tenemos que decir que no todo estuvo de parte nuestra. Pero una vez que hemos escuchado el mensaje con fuerza persuasiva--lo cual quiere decir que el Espíritu Santo estaba presente abriendo nuestros corazones y nuestros oídos al evangelio—queda todavía una respuesta que hemos de hacer nosotros. Por otra parte, tampoco podemos olvidarnos de la obra continuada del Espíritu que nos impulsa a aceptar la Palabra. En este pasaje se nos invita a pedirle a Dios lo que necesitamos. ¿Es tal oración algo que nosotros hacemos, o más bien algo que Dios hace en nosotros? Lo cierto es que no podemos hacer tal distinción. Este pasaje, como muchos otros en el Evangelio de Juan, se mueve de un polo a otro, entre la acción de Dios en nosotros y nuestra respuesta a esa acción. Las dos se relacionan tan estrechamente que no podemos separarlas. Quizá no deberíamos tratar de hacerlo. Lo que tenemos que hacer es vivir como discípulos fieles en todo lo que podamos, y rogar que Dios nos ayude para que seamos mejores discípulos. No debemos pretender que nuestra fidelidad sea pura obra nuestra, sino que hemos de darle gracias a Dios por ella. Y en aquellas cosas en las cuales no hemos llegado a la meta, y que bien

pueden estar fuera del alcance de nuestro poder, Dios nos ha prometido darnos lo que necesitamos, si tan solo se lo pedimos.

Recomendaciones educativas:

1. Pídale a la clase que se imagine una familia, uno de cuyos miembros sabe de antemano, qué es lo que más les conviene a todos, y por tanto busca que lo hagan. ¿Sería esto una acción de amor? ¿O sería más bien una acción de control autoritario? Posiblemente quiera usted hacer dos listas de respuestas, positivas y negativas, sobre la pizarra. Use estas listas para comenzar la discusión sobre el tema de llevar fruto.
2. Después de la discusión sobre la oración, divida a la clase en grupos pequeños de dos o tres y pídale a cada grupo que escriba una oración pidiendo más amor, especialmente en respuesta a situaciones concretas. Según la naturaleza del grupo quizá usted quiera que todos compartan estas oraciones, o si no pedirle a cada grupo que tome un momento para orar siguiendo lo que han escrito. Si hace esto al final de la clase, alguna de estas oraciones pueden utilizarse para cerrar esta sesión. En tal caso, invite a quienes así lo deseen a leer en voz alta lo que han escrito.
3. Escriba sobre la pizarra o en un papel grande los encabezados de dos columnas: “lo que hacemos nosotros” y “lo que Dios hace”. Entonces pídale a alguien que lea en voz alta el texto impreso. Al llegar a cada verbo pregúntese en cuál de las dos columnas debe ir y anótelo. Use esto como introducción a la tercera parte de la lección.

Resumen:

Esta lección muestra la centralidad del amor en la vida cristiana. También muestra que aprender a amar es un proceso de toda la vida, y que requiere la ayuda de Dios juzgándonos y fortaleciéndonos, ayudándonos a ser más amantes. La oración es el medio por el cual pedimos la ayuda de Dios. Cuando le pedimos esto a Dios, él nos promete que recibiremos todo lo que necesitamos.

Oración: (En lugar de la oración que sigue, puede usted usar las que la clase preparó, si eso fue uno de los métodos que siguió durante la lección.)

Dios nuestro, tú nos has llamado para ser tu pueblo que manifieste tu amor al mundo. Tú nos llamas a compartir de ese gran amor tuyo. Ayúdanos cambiando todo aquello en nosotros que nos impida amar. Muéstranos claramente dónde carecemos de amor. Todo esto nos atrevemos a pedírtelo porque confiamos en tu amor hacia nosotros, manifestado en Jesucristo. En su nombre oramos. Amén.